

Secretos y mentiras

Por ARÍSTIDES O'FARRILL

Han pasado 10 años desde que Arturo Sotto filmara su último largometraje de ficción, *Amor vertical*, demasiado tiempo sin dirigir para este realizador, quien fuera la gran promesa del cine cubano en los 90's, cuando presentó la controversial *Pon tu pensamiento en mí* (1995). Diez años pesan y se reflejan en las evidentes costuras que bordean la trama de *La noche de los inocentes*, el más reciente trabajo de Sotto.

La trama de *La noche...* se desarrolla un 28 de diciembre, Día de los Inocentes, según el calendario litúrgico, y gira alrededor de un joven travestido que visiblemente golpeado llega a un destartado hospital habanero. A partir de este hecho que desencadena una investigación policial, Sotto construye una trama que oscila entre el cine negro y el policial a lo Agatha Christie, con fuertes conexiones con la comedia irreverente que ha propugnado el cine cubano a partir de los 90's y en la cual se incluye el propio Sotto con *Amor vertical*. Esta fusión de géneros no siempre tiene resultados felices y a ratos uno no sabe ni entiende en qué terreno se mueve, cuando sube el tono en lo humorístico, que si bien resulta efectivo, paradójicamente deja un cierto sabor de *deja vu*. A esta falla se unen deficiencias actorales, acentuadas en los jóvenes coprotagonistas, Yasmani Guerrero y Edenis Sánchez.

Sin embargo, el cine de Sotto siempre resulta atendible, inquietante, y *La noche...* no es la excepción. Sin llegar a la redondez de sus dos filmes anteriores, es estimulante la búsqueda que ahora hace de los entresijos antropológicos del patio. Como buena parte de los más recientes filmes nacionales, queda más como un testimonio de la época que nos ha tocado en suerte vivir, que como un filme de renovaciones visuales o dramáticas. A la vez, como bien me apuntó un amigo, encuentra consonancia temática con varios filmes cubanos del principio del milenio, que, a diferencia del grueso del cine cubano de los 90, rezuman pesimismo y amargura a propósito de nuestro devenir.

La noche... es un inteligente juego con las apariencias, con lo que muchas veces parece ser y no es. No por gusto Sotto se adscribe al género *noir*, el cual, por antonomasia, nos descubre lo que hay debajo de la corteza humana, en sacar a flote nuestras miserias y en esta desnudez, servir de catarsis social.

Entonces estamos ante un filme donde la mayor cantidad de sucesos y de personajes que vemos de una manera, al final van a ser de forma totalmente diferente de lo que aparentaban. Para empezar, *La noche...* comienza como si fuera una comedia, o un policial y termina siendo un demoledor filme social. Hasta su propio título es bien irónico, pues en lugar de inocentes se trata de personajes casados con el arte de la simulación, que hace mucho rato han dejado atrás la inocencia.

Así, todas las personas vinculadas al referido joven travestido, Federico (Yasmani Guerrero), comienzan figurando una cosa y terminan siendo totalmente otra.

Así, su padre (Aramís Delgado), aparece como un respetable funcionario y padre de familia y al final es todo lo contrario, su madre (Susana Pérez), se nos presenta como una ama de casa satisfecha y luego resulta que acumula un mar de frustraciones, la novia de Federico (Edenis Sánchez) tampoco es la joven dividida entre el amor y la necesidad que parece. Pero resulta que ni el mismo Federico -quien propicia todo el entramado dramático- es el héroe-víctima romántico que sugiere su personaje.

Con todo esto el filme deja bien claro que no cree en el tópico de que las nuevas generaciones son las que pueden renovar y salvar lo que las viejas hayan torcido, sino que pueden ser partícipes y cómplices de las mismas mentiras que sus mayores.

Tanto en su habilidad para jugar con las apariencias de las convenciones cinematográficas como en su valentía temática, radica a mi juicio la mayor baza de este filme, que nos habla de la entronización de la mentira en nuestra sociedad y, en este sentido, resulta aleccionadora y, reitero, demoledora. Ya esboqué este aspecto y ahora trataré de profundizar un poco más.

Primero están los falsos protagonistas del filme, el también falso policía Jorge Perugorría (en una de sus mejores actuaciones) y su amante, la enfermera de guardia esa noche en el hospital (Silvia Águila), personajes que son los que abren este juego de secretos y mentiras, medias verdades y falsedades de todo tipo.

Él, un santiaguero policía, degradado por abuso de la fuerza, que finge ser el oficial de guardia en el hospital para, aclarando el caso, recuperar su prestigio en el cuerpo policial; ella, con sus "falsos senos" tratando de obnubilar al personal masculino del hospital, creándoles falsas expectativas sexuales, para distraer la atención y así lograr que su verdadero hombre pueda trabajar sin trabas.

Luego está el citado travesti, que finge tanto la magnitud de sus heridas como su identidad sexual, y su padre (papel en el que Aramís Delgado demuestra ser uno de los mejores actores de carácter del momento), un funcionario y patriarca honorable, al que sus amigos y compañeros de la *high*, despiden en su jubilación con una suerte de *Because he is a Goodfellow...*, y luego resulta un hombre tan falso como el tinte que le chorrea unas secuencias después, corrupto hasta la médula, que no duda en utilizar su poder para obstaculizar la justicia, aprovechar su *status* para ir detrás de mulatas espectaculares, fantasía que le propician sus amigos, no menos inescrupuloso.

Espacio Laical 3/2007

ESPACIO LAICAL

Mientras tanto la madre de Federico (Susana Pérez) se nos muestra como la ama de casa amorosa con sus hijos, con perro incluido para darle un tono más familiar, pero en el fondo es una mujer frustrada que sólo encuentra consuelo en las fantasías semieróticas que le propone su joven vecino (Fernando Echavarría).

Precisamente a partir del *flashback* tomado de la intimidad de los personajes de Delgado y Pérez es que Sotto nos muestra su verdadero propósito en el filme y con ello el de la mayoría de sus personajes, que hasta ese momento se habían movido en la ambigüedad. Me refiero a la secuencia en que la Pérez sentada en la taza del baño orina, calco de aquella secuencia hiperrealista del filme póstumo de Kubrick, (*Ojos bien cerrados, Eyes Wide Shut*, EE.UU.1999 (1)). Si en la cinta del realizador norteamericano esto tenía un cierto sentido erótico, Sotto le da una vuelta grotesca y a partir de la secuencia de la taza de baño descargada por la Pérez, los protagonistas descargan toda la suciedad que llevan dentro, pero no para hacer catarsis, pues la situación en que se encuentran es la que les fuerza a expulsar sus demonios ocultos, para luego volverlos a ocultar. Incluso la Pérez, que aparece como una madre compasiva y tolerante, unas secuencias después demostrará que también guarda secretos turbios con respecto a su propio hijo.

De esta simulación no quedan a salvo ni los verdaderos protagonistas, pues la joven (Edenis Sánchez) quien aparenta no interesarle el dinero, sólo el amor, al final da un giro y decide entregarse por dinero al otoñal italiano Soldini (Davide Rondino), quien engañosamente la persigue por amor, hasta pasar por un cornudo, cuando en realidad lo que trata es de preservar no su amor, sino su dinero, pues en otro juego de apariencias de Sotto, Soldini no le hace honor a su apellido, está arruinado y teme perder las propiedades que le ha dejado a su futura esposa cubana (Sánchez). Por otro lado Federico tampoco resulta el héroe romántico que esperábamos, su pasión por el personaje de la Sánchez es más un capricho que una pasión amorosa auténtica, como lo demuestra una secuencia en que ella le espeta: "Estoy cansada de que vayas detrás de cuanto culo aparezca". Federico, además, engaña a su familia tanto con sus heridas físicas como con su travestismo, más para avergonzarlos y burlarse de ellos que para que tomen conciencia de sus errores.



Fotograma de *La noche de los inocentes*

El filme nos hace tomar conciencia sobre prejuicios que en apariencia están superados en nuestra sociedad, como el machismo y la homofobia, pero que persisten de una manera latente: "Ella se bañó con la ropa apretada y tuvo que hacer mi papel de hombre", se justifica Federico de uno de sus múltiples engaños a su novia. "Tú no puedes dejar que ese maricón se burle ti", le dice uno de los amigos del personaje de Delgado, cuando este descubre que quien acompaña a la mujer que compró sexualmente no es otra mujer, sino un hombre travestido.

No por gusto uno de los pocos personajes adultos que resulta genuino y honesto es el homosexual que interpreta Echavarría, quien también oculta su verdadera personalidad, pero cuando la saca a flote es sincera, con lo cual el realizador parece decirnos que entre sujetos marginados y vilipendiados podemos encontrar mejores personas que en las socialmente aceptadas.

Algo similar ocurre con el citado policía degradado (Perugorria), *palestino* y policía, cualidades que no se aprecian demasiado en la capital cubana. Este es el único, de los que se implican en el caso, que podrá dormir en paz, pues a pesar de que usurpa la autoridad, en esta alcanzará los caminos de la redención. A ellos se les une Esperancita (Rachel Falcón), "la niña que nunca miente", según expresa el propio policía. En ella, hermana de Federico, que muestra mediante sus expresivos ojos todo el desconcierto que le provocan los secretos y mentiras de sus mayores, está lo único esperanzador del filme. Esperanza, tal vez del tamaño que indica su propio nombre, quizá para "el año que nieve", como indica el final del filme, con la canción de Los Dan, *Sí, salió el sol*, que en el contexto del filme se torna irónica y que, a su vez, es un remedo tardío de la canción pop española de los años 60. Este número nos remite a la llamada década prodigiosa de la música española, cuando el generalísimo Francisco Franco intentó ofrecerle al mundo, desde su decrepita dictadura, una España alegre y moderna, tan falsa como el falso optimismo que rezumaban aquellas canciones, hoy sólo reflejo de una etapa de inocencia, de la que ya estamos lejos, muy lejos.

(1). Película con la que por cierto, Sotto juega de principio a fin, no sólo como referencia temática, sino por medio de su integración a la trama, pues este filme es el que provoca las *horas bajas* del policía (Perugorria) en unos de esos absurdos tumultos que suelen presentarse en el Festival de Cine de diciembre.